

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

***TESTIMONIO DE ESPAÑA EN LA HISTORIA Y EN LA LITERATURA DE AMERICA(\*) (1122)***

ARTURO BERENGUER CARISOMO

Señores miembros del Colegio de Escribanos, señoras y señores: En realidad, no tengo palabras para agradecer una presentación tan generosa y tan elocuente. Lo único que puedo decir para retribuir al escribano Vadell sus palabras, es recordarle, seguramente, algo que llegará muy íntimo a su sensibilidad: que fui, no discípulo, porque no era profesor, pero sí subordinado, en mis tiempos de alumno del Colegio Nacional Buenos Aires, de su padre, Luis María Vadell, que era su jefe de celadores y creo que alguna vez me dio un tirón de orejas por mi comportamiento.

Ese tirón de orejas yo lo agradeceré toda la vida porque era el signo que nos indicaba el camino recto a seguir. Escribano Vadell: Muchas gracias.

La magnitud del tema propuesto por el Colegio de Escribanos es, como ustedes comprenderán, inmensa. El testimonio de la historia y la literatura de España en América abarca tantos aspectos, tantas dimensiones, tantos elementos de crítica y circunstancias históricas que no será posible sino dar los datos puramente esenciales de lo que hoy tenemos que decir frente al título propuesto para la conversación de esta tarde.

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

Lo primero que debe inquietarnos es cómo llamar a este día que celebraremos mañana, comúnmente denominado Día de la Raza. En rigor, esta palabra raza, hoy tan cuestionada y tan comprometida, no dice exactamente lo que este día significa. Podría referirse a la raza latina, pero ésta abarca una serie de pueblos tan diversos y tan distintos que no se concreta al grupo humano que esencialmente promovió la hazaña: esa tierra ibérica tendida sobre el Occidente de Europa.

Podría llamarse el Día de la Hispanidad, pero esta terminación es comprometidamente beligerante: ya Unamuno quería que al Cristianismo se lo llamara Cristiandad, para darle un carácter histórico y combativo, y la célebre Defensa de la Hispanidad de Famiro de Maestu, si en realidad propone una serie de cuestiones esenciales de tipo sociológico y humano para nuestra cultura, es al mismo tiempo, un libro de carácter ardidamente político y combativo.

Más exacto sería llamarle el Día del Hispanismo, es decir, el día en que se celebra la presencia de España en estas tierras de América, y quizá más exacto, el Día de Iberoamérica, porque no hay que olvidar que no fueron solamente Castilla y Aragón los que emprendieron esa empresa. Ellos fueron los capitanes, pero en las tres carabelas y en los barcos de los futuros conquistadores, vinieron hombres de toda la península ibérica, y no hay que olvidar tampoco que gran parte del territorio sudamericano fue conquistado por hombres de Portugal. Llamémosle, pues, Día de lo Iberoamericano, que será lo más exacto, y evoquemos aquel descubrimiento de fines del siglo XV.

En el momento en que se unen Castilla y Aragón para consolidar la unidad de España, se presentan dos tipos de política a seguir por los Reyes Católicos. Formaban éstos una pareja ejemplar. Fernando, el astuto rey de Maquiavelo, en quien quizá se inspiró para escribir su famoso Príncipe, era el político por esencia, que quería jugar la partida de ajedrez de Europa. Es decir, dejar todo el planteo necesario para las futuras hazañas de su nieto el emperador Carlos I de España y V de Alemania. Preocupado por Europa, que era lo esencial para los hombres de aquel momento, a Fernando no le interesaba, en cierto modo, la hazaña de Occidente. Era, en realidad, una empresa cuyos resultados no estaban exactamente definidos y cuyas consecuencias todavía no se podían prever, pero Fernando estaba casado con una mujer extraordinariamente inteligente, dinámica y enérgica que fue la reina Isabel de Castilla.

Isabel es quien se empeña en la empresa de Oriente, es la que se arriesga en llegar a las tierras del más allá pensando que con esa aventura podía salvar una serie de circunstancias de tipo económico, político y social. La razón de Isabel se impone, y mientras Fernando juega la partida de Europa, la Reina Isabel, a través de Santángelo, consigue el apoyo de los Fugger; arma aquellos tres barquichuelos que partieron de la Costa de Huelva y en el Annos Mirabilis de 1492 se inicia la empresa. Annos Mirabilis porque es exactamente el año en que se termina de unificar la península ibérica con la caída del último reducto musulmán, y un hecho aparentemente insignificante, pero de gran trascendencia, se opera en ese momento: es la aparición de

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

la Gramática de Nebrija; la consolidación de la lengua castellana, es decir, la consolidación de este maravilloso instrumento comunicante que manejan muchos países, muchos hombres en los que se ora, se canta y se exaltan pasiones y las emociones de un mundo entero.

En 1492 se inicia el período de la Conquista. Dejemos de lado, porque sería largo y engorroso todo el período militar de la misma. Ya sabemos en qué consistió y cuál es en esencia su maravilla, que un grupo de hombres, prácticamente insignificante, lograra dominar desde los Altos de California hasta las llanuras meridionales de América un continente inmenso y agresivo.

Pensemos mejor en la conquista espiritual que vino después, aquello que Ortega y Gasset llamaba como la dramática gracia, porque, en rigor, ha sido, sin disputa, uno de los episodios más singulares y milagrosos de la historia.

La empresa de la conquista espiritual, después del dominio físico; el dominio de los hombres en lo más esencial de ellos mismos: el espíritu, suponía una serie de obstáculos tan insalvables que parece milagro hayan podido superarse.

En primer lugar, el territorio. Piensen ustedes en las inmensas montañas de esa espina dorsal de toda América; piensen ustedes en las inmensas selvas que atravesaban el territorio; en esos ríos tremendos que desde el Misisipi, pasando por el oscuro Amazonas, y llegando hasta el litoral argentino interrumpían todas las comunicaciones; los llanos agobiantes, las salitreras; un paisaje totalmente diverso, totalmente distinto, por su aspecto topográfico y por su magnitud del que estaban acostumbrados a ver los hombres de Europa.

Este fabuloso territorio contaba, además, con un enemigo activo y beligerante. Contaba con grandes culturas indígenas que estaban preparadas para la lucha; enemigo con dos condiciones que el conquistador espiritual tuvo que vencer heroicamente: la fiereza natural de quien defiende su propio territorio y al mismo tiempo un concepto pagano de la religión que se hubo de erradicar, dominar y transformar.

Hay que sentir, realmente con asombro y con admiración, que se pudiera, en un plazo relativamente breve, transfigurar a todos estos pueblos volcándolos a una cultura de la que no tenían la menor noticia.

Agreguemos a esto el escollo de la lengua. No era una sola lengua indígena, eran cientos de lenguas diferentes que el educador espiritual no conocía; - eran cientos modos diversos de comunicarse, que había que entenderlos para poder penetrar en su espíritu inculcando la nueva doctrina.

Realmente conmueve pensar que estos hombres pudieran en tan breve tiempo penetrar y comunicarse con estas lenguas exóticas, extrañas y diversas de las que no tenían ninguna noticia.

Y pensemos que, además, se apartaban de sus hogares, cruzaban un mar tenebroso lleno de misterios, de enigmas, de leyendas medioevales, se apartaban de sus raíces seculares, de sus hogares, de sus familias, y quedaban en una absoluta soledad, la soledad terrible de pensar que quizá no pudieran volver, la soledad absoluta del que realmente está

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

completamente solo y desarraigado de sus efectos naturales. Una soledad que debía tener al mismo tiempo, tomando la palabra en su exacto sentido etimológico, el terrible torcedor de la nostalgia. La nostalgia de una distancia entonces inmensa porque el tiempo en cubrirla era también terriblemente inmenso.

Estas circunstancias que son las que hacen milagrosa la conquista espiritual del continente americano, esa dramática gracia de la que hablaba Ortega y Gasset, deja naturalmente huellas indelebiles. Son esas huellas, esos testimonios, esos elementos que vamos a examinar muy rápidamente en el campo de la historia y de la literatura.

Cuando por fin, tras muchas luchas, tras tantos empeños, logra arquitecturarse en estas tierras de Indias una organización que respondía exactamente a los cánones de la organización europea de aquel entonces, podemos hablar de tres problemas fundamentales: el problema político, el social y el cultural. ¿Tuvieron los Austria del siglo XVI y XVII, es decir, desde el Emperador hasta Carlos II, el Hechizado, un concepto dominante de esas tierras de América?, ¿las consideraron realmente colonias? En absoluto no. - Estas tierras eran en rigor patrimonio de la Corona, pero tuvieron la suficiente habilidad de darles una relativa independencia y una admirable flexibilidad de gobierno.

Es cierto que la distancia entorpecía a veces las comunicaciones y las instancias jurídicas, pero de cualquier modo los gobernantes de la Casa de Habsburgo tuvieron para estas tierras de América el mismo concepto de independencia y libertad que tuvieron para sus propias instituciones jurídicas.

No pensemos ni en virreyes ni en audiencias ni en todos los elementos jerárquicos de la organización política. Pensemos solamente en una institución de América expandida por todo el ámbito de su inmenso territorio que era como una reproducción de las libertades forales de España. Pensemos en los cabildos. La organización del cabildo era la verdadera estructura democrática de aquellos momentos, era la pequeña representación popular de los municipios que ejercía directamente una especie de vigilancia y de recaudo sobre la superioridad del virrey o del capitán en las capitanías.

Estos cabildos fueron un extraordinario instrumento de flexibilidad política, y para comprobarlo, como testimonio de la historia, sólo tenemos que pensar que de ellos partió, en el momento de la madurez, cuando oportunamente fue necesario hacerlo, el grito de la Independencia, no el desgarramiento con España, sino la natural separación de la flor que ha dado su fruto en la rama del que fue tronco esencial de este proceso.

Por lo tanto, cuando se produce la guerra de la Independencia, como lo hemos de ver oportunamente, aunque en apariencia sea una guerra de rebelión y de rebeldía contra la metrópoli, es en esencia una forma congruente con la misma guerra que España sostenía en aquel momento entre dos ideas políticas esencialmente diferentes. Esta flexibilidad es posible que se endureciera en el período de los Borbones, que ocupa todo el siglo XVIII.

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

No hay que olvidar una cosa fundamental: los Borbones no eran una casa reinante española, era una casa reinante francesa y los Borbones trajeron ese sentido de la verticalidad que siempre tuvo la monarquía en Francia. Al endurecer el proceso, al no cejar a estas tierras americanas la relativa libertad, estuve por decir casi la absoluta libertad, que habían tenido en sus siglos de formación, era natural que el proceso al mineralizarse llevara lógicamente a las exigencias de libertad.

Este sentido político de España, esta noción de territorio y no de colonia, si lo pasamos al aspecto social, nos da un ejemplo realmente maravilloso. Es el verdadero espíritu español. Es el caballero de las Españas que no mira cuando encuentra una mujer a qué raza pertenece, a qué religión, a qué sistema; es solamente la pleitesía del hombre al amor. Quiero decir cómo, al llegar los conquistadores y encontrarse con el panorama indígena, no tuvieron, ni por prejuicios raciales, ni por prejuicios religiosos, ni por razones políticas, ningún inconveniente en emulsionarse con el pueblo que estaban conquistando. De esta emulsión, de esta unión hispánica con los elementos indígenas de América nació un tipo absolutamente nuevo, un tipo admirable que es el criollo de estas tierras de América.

Concretemos, por razones de tiempo, este proceso a nuestra tierra.

¿Qué otra cosa es nuestro criollo de las tierras pampeanas, qué nuestro hombre de campo sino una simbiosis de estas dos circunstancias? ¿Qué es, al fin de cuentas, sino un árabe, un andaluz que tiene, como aquél, el sentimiento de desierto, su nostalgia, su taciturnidad, su tristeza, y todos los elementos que componen su ajuar: el caballo, la guitarra, el canto nostálgico, y el de una tradición remota que reflorece como testimonio humano en estas tierras americanas?

Y la prueba de esta conjunción del conquistador con el indígena, es que, en rigor, los pueblos aborígenes americanos no desaparecieron, que aún en extensos territorios de América quedan grandes masas de hombres manteniendo casi intacta su pigmentación, su sentido social, todo lo que podríamos llamar su estructura antropológica primigenia.

Este sentido social de comunidad que responde asimismo a aquella libertad política de que hemos hablado en su momento, se traduce en seguida en el planteo cultural.

Pocas veces se ha reparado en una circunstancia que es sin embargo extraordinariamente sintomática. Fue en Santo Domingo cuando se fundó el primer colegio por los franciscanos, en el año 1502 - han pasado solamente diez años de que llegaron las carabelas colombinas -, diez años que en el acaecer del tiempo son apenas unos escasos segundos en toda la marcha de la historia, y en estos diez años España ya crea con los mismos privilegios, con los mismos diplomas, con la misma organización académica que tenían los institutos de educación españoles un colegio en Santo Domingo, que muy poco tiempo después, apenas treinta años, se va a transformar en la Universidad de Santo Tomás de Aquino.

Y las universidades de México y la de San Marcos de Lima se fundan en 1551, es decir, apenas medio siglo después de la Conquista y estas dos universidades, tanto la de México como la de Lima, por expresas

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

disposiciones de los reyes de España responden exactamente igual a la organización, planes de estudio, a la misma estructura cultural que tenían las universidades de Salamanca y, particularmente, por ser mucho más avanzada, la Universidad de Alcalá de Henares.

En 1621, como todos sabemos, se funda la Universidad de Córdoba, con aquel su primer gran rector, don Hernán de Trejo y Sanabria. Quiere decir que España no quiso mantenernos ni en la oscuridad, ni en la opresión ni en el silencio.

Evidentemente, pueblos y Estados pueden tener circunstancias políticas adversas, movimientos sociales que los pongan en determinadas crisis; pero hay un hecho fundamental que es el que forma lo que podríamos llamar el eje de todo su sistema y de todo su organismo; es la cultura, la educación, y España, desde el primer momento, respondió a este concepto con una integridad absoluta y con un deseo manifiesto de que estas universidades no tuvieran privilegios para los hombres que vinieran de España, sino que a ella fueran los indios de América, los criollos de la mezcla, los españoles que llegaran a América. La prueba es que en los registros de esas universidades pueden verse una cantidad de nombres indígenas, de nombres de criollos venidos del más anónimo pueblo, junto a nombres de ilustres conquistadores que llegaron a estas tierras. Más aún, en el año 1535, en México, la Real Cédula permite la importación de la imprenta, es decir, el gran agente de toda la revolución cultural de la Europa de fines del siglo XV y comienzos del XVI.

Es verdad, no vamos a negarlo, que algunas pragmáticas imponían prohibiciones para determinados libros: las novelas de caballería, ciertos aspectos de la novela picaresca, libros de teología, pero todos sabemos exactamente lo que supone una prohibición en tierras de Hispanoamérica; lo que produce es, precisamente, un efecto contrario. Por eso, cuando se hicieron los registros en las bibliotecas de los conventos, en las bibliotecas de las Universidades, en las bibliotecas de los hombres más eminentes de México y del Perú, del futuro Virreinato del Río de la Plata, se encontraron que todos los libros prohibidos, inclusive los libros de los revolucionarios franceses del Iluminismo del siglo XVIII, estaban en los anaqueles de aquellas bibliotecas. Un mundo que en realidad vivía toda una vibración cultural que dejó desde luego un sedimento, una forma irrecusable que es quizá el punto de partida de toda nuestra estructura cultural contemporánea. Después de explicado todo esto, y no he exagerado absolutamente nada porque todo está perfectamente documentado y establecido, cómo seguir repitiendo la vieja leyenda negra que ensombreció la conquista material y espiritual de este continente.

Ya sabemos la triste historia de esta leyenda negra, ya sabemos cómo se explotó el libro del padre Las Casas sobre La destrucción de Indias para crear, especialmente por los agentes de Inglaterra y Francia, toda una pintura siniestra, sombría y trágica de la conquista de América por los españoles.

Ya sabemos que el demonio del sur era Felipe II, ya sabemos los motes y los slogans, como hoy se diría, que corrieron a través de todo el siglo XVII y

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

que lógicamente se intensificaron en el siglo XVIII en vísperas de la Independencia.

Ha habido en esto un cambio que yo llamaría la leyenda rosa. Se ha pretendido que la conquista de España fue una conquista suave, delicada y, diríamos así, casi versallesca. Tan grave y perjudicial es una leyenda como la otra, porque tan pernicioso es mentir para lo malo como para lo bueno en el campo de la historia. Se trataba de una conquista y ninguna conquista se hace con buenas palabras; se hace con lucha y se hace con sangre.

Es evidente que hubo excesos, dolor y martirio, todos los riesgos que importan un proceso militar y, posteriormente, una conquista espiritual. Pero podríamos transigir hablando de una leyenda blanca, es decir, poniendo las cosas en su justo medio. Que España empleó todos esos instrumentos para su conquista era inevitable, porque no había otro modo de hacerlo. Cuando conquistó estos territorios en nombre de la Fe, y hubo de hecho ambiciones materiales, no olvidemos que por conquistarlo se desangró y que cuando tuvo todo el continente en sus manos, le dio el instrumental necesario que ella misma tenía para su propio progreso y desenvolvimiento.

No quiero pasar este instante sin recordar aquellos hombres de nuestro país que fueron develando este secreto. Quiero nombrar a tres maestros que tuve en la Universidad y que, afortunadamente, me dieron este sentido de la historia: al doctor José León Suárez, uno de los primeros que batalló por reivindicar a España de su trágica leyenda negra. Quiero mencionar en seguida al doctor Ricardo Levene, que con sus estudios de las instituciones jurídicas de América fue descubriendo y estableciendo con absoluta claridad todo el planteo que España había hecho en sus códigos para mantener y levantar el sentido de la justicia en esta tierra. Quiero por último recordar ese libro extraordinario del doctor Rómulo Carbia, La leyenda negra, donde definitivamente se da por declarado y se establece de un modo textual y documental todo el daño que a España se le hizo aviesamente y con retorcida intención.

Y no quiero dejar de nombrar tampoco a dos grandes amigos, colegas de los claustros universitarios, Enrique de Gandía y Vicente Sierra, que han batallado hasta el momento para destruir lo que ya está afortunadamente totalmente destruido.

¿Y cómo podría hablarse, saliéndonos del campo de la historia, de una leyenda negra, de una opresión cultural, cuando basta echarse a andar por estas tierras americanas y observar todo ese arte plástico maravilloso que está en las catedrales de Lima, en los palacios virreinales de la ciudad de los Virreyes, en las platerías de Oruro boliviano o del Tasco mexicano, en aquellas gloriosas construcciones que están en Santa Cruz o en el Potosí de Bolivia, un arte donde se funde maravillosamente, con un equilibrio sorprendente, la tradición del Renacimiento Español con su barroco arquitectónico sumado a todo el elemento indígena que fueron en rigor las alarifes de estas construcciones que todavía nos asombran.

En este proceso de una cultura, llegamos al momento de 1810. Es natural que a partir del Grito de Mayo, que se extiende y vibra por todo el continente americano desde el sur hasta el norte, hasta 1824, en que se establece la

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

paz con España, fuera rigurosamente necesario tomar una actitud hispanófoba.

Era necesario lo que hoy se llama una psicología de guerra; urgía enardecer a los ejércitos combatientes; es el momento en que empieza a hablarse de los tres siglos de opresión, de los tres siglos de oscurantismo, de la tiranía de los Reyes, de todos aquellos estímulos que eran necesarios y lógicos para obtener el triunfo revolucionario.

Pero yo me pregunto si estos mismos hombres de la Revolución, si estos mismos hombres que en el siglo XIX ya tenían en sus manos a la América independiente para darle una estructura totalmente distinta a la de la metrópoli no siguieron en el fondo siendo españoles.

Si se repasa, por ejemplo, la literatura política de Mayo, es evidente que vamos a encontrar las ideas de los enciclopedistas franceses; es evidente que vamos a tropezar con las ideas político - económicas de Adam Smith y de los fisiócratas franceses; a sorprender toda una literatura que está empapada en el Iluminismo filosófico de los hombres de la prerrevolución francesa.

Pero leyendo intensamente, por ejemplo, las Memorias de Belgrano o los escritos de Monteagudo o los textos de Mariano Moreno, es sencillamente notable el influjo que ejerce sobre ellos don Gaspar Melchor de Jovellanos, con sus ideas económicas, políticas y sociales.

Es que hay algo de lo que no pueden zafarse, algo que está ínsito en ellos y profundo. Es la tradición de tres siglos que no se modifica por un cambio de gobierno. Es la tradición de tres siglos de lengua que seguía siendo la misma para expresar solamente ideas distintas. Y es realmente sintomático que casos muy típicos - como lo dije en esta misma tribuna en un 25 de mayo - cuando se quiere ser más antihispánico, más liberal, cuando se quiere tener una fobia más violenta contra el que fue nuestro conquistador y nuestro fundador, el grito, por ejemplo de la Canción patriótica de Vicente López y Planes, que es el texto de nuestro Himno Nacional, inconscientemente, subconscientemente, a este hombre de origen asturiano le sangra incontinente, de adentro, el Himno a los Astures de Jovellanos. Cotejando ambos textos encontramos las mismas imágenes, el mismo ritmo, la misma fuerza, la misma violencia.

Yo me pregunto si cuando avanza el siglo XIX, un hispanófobo tan profundo y tan violento como Sarmiento no era en el fondo un español de cepa y de raza. Leed las páginas de Facundo y en su violencia encontraréis las mismas palabras que más tarde van a emplear los españoles para fustigar a sus gobiernos. Leed, por ejemplo, sus enternecedoras páginas de Recuerdos de provincia y encontraréis todo un sentido de familia tradicional española, todo un sentido de vieja raíz castiza que aflora en el soberbio y leonino sanjuanino. Por eso, decía Unamuno tan admirablemente: Me gusta Sarmiento porque habla mal de España, del mismo modo que los españoles hablamos mal de ella.

Pienso, saliendo de nuestro territorio, cuánto quedaba de español en aquel violento Juan Montalvo ecuatoriano en su lucha con el católico Daniel García Moreno; pienso cuánto quedaba de cultura española en aquel venezolano

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

Andrés Bello, que va a formar toda la educación chilena del siglo XIX; pienso en Joaquín de Olmedo que fue diputado a la Corte de Cádiz por el Ecuador; pienso en el cubano Heredia. Todos estos hombres que combatieron a España, que tuvieron que mantener, por una necesidad política circunstancial, este odio o aparente odio que nació en el momento de la Revolución, son en el fondo con sus escritos, con sus actitudes, con su conducta, testimonios de esta continuidad que España ha dejado necesariamente en América. Son los cien cachorros sueltos del León español, como dijo Rubén Darío en el Reto a Roosevelt, que estaban diseminados por todo el ámbito de las viejas Indias Occidentales.

Y era lógico que cuando estos fuegos se fueron calmando, cuando esta lucha necesariamente se apaciguó hacia fines del siglo XIX con los torrentes inmigratorios que vinieron de España a casi - todos los países de América y principalmente a los de la Costa Atlántica, en primer lugar nuestro país, se revirtiera el proceso y comenzara a reconocerse la Madre Patria como la Madre Fundadora.

Este reencuentro es el que caracteriza precisamente los testimonios literarios que vamos a pasar a examinar.

El primer testimonio incuestionable es el de la lengua. Aparte y fundamental el habernos inspirado una fe que une al continente del Septentrión al Meridión, España nos dio una lengua uniforme, una lengua fundamental.

Cuando Nebrija le presenta su gramática a Isabel la Católica, ésta le pregunta qué objeto podía tener el escribir una gramática - la primera que se escribe en Europa - sobre una lengua vulgar. Y Nebrija le dice que estando en ánimo de conquistar grandes territorios donde seguramente se hablarían lenguas primitivas, era necesario que la lengua castellana tuviera sus leyes fundamentales para que los pueblos conquistados la aprendiesen con rigor y conciencia. Y esto mismo escribe Nebrija en el prólogo de su Gramática española, repito, la primera que se ha escrito en Europa sobre una lengua vulgar.

Este castellano, esta lengua que hablan todos los pueblos de América, tuvo en algunos momentos resistencia y creo que es aquí el instante de plantear en su verdadero lugar el problema del castellano y el de la lengua tal como se debe encarar. Es evidente que tantos pueblos como se desparraman por América, este castellano original no lo puedan hablar todos exactamente del mismo. Queda el interrogante de si en la propia península, tan pequeña y reducida, el castellano es igual en todos sus rincones. Ya dijo Federico García Sanchiz con mucha gracia: El castellano, esa lengua que se habla en América y en algunos puntos de España. En realidad, esto es profundamente exacto y por lo tanto, no nos debemos alarmar, como se alarman los gramaticólogos de menor cuantía, de que este castellano se diversifique en los matices propios de cada territorio, de cada región, de cada impulso espiritual de los hombres que la componen porque hay que distinguir dos elementos fundamentales en la lengua: uno, fijo, invariable y esencial; otro, variable, múltiple, diversificante que necesariamente tiene que ser de este modo.

Mientras se mantenga - y se mantienen en México, en Perú, en Colombia,

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

en las Antillas, en el Ecuador, en Chile, en la Argentina, en el Paraguay - las estructuras intactas de la lengua, mientras su arquitectura no varíe, lo que podríamos llamar los enclaves básicos de su estructura, esta lengua seguirá siendo la misma. Lo que puede variar es el modo de designar las cosas, el vocabulario, pero este vocabulario es tan diverso que en la propia España, en sus distintas regiones, a un mismo objeto se lo llama de distintas maneras. Por eso, no nos alarmemos ni hagamos demasiado alharaca, cuando nuestros criollos, nuestros muchachos llaman a las cosas de un modo diverso. Esto pasa y se va, porque el vocabulario es un elemento circunstancial y de vivencia instantánea, salvo aquellas palabras que son fundamentales, pero el poder entender, el poder construir la oración siempre del mismo modo, sea en el norte, en el centro o en el sur es lo que le da al castellano su extraordinaria y maravillosa unidad, esa unidad que permite que hombres de España se entiendan por toda América, que nos entendamos unánimemente todos los americanos, que los americanos puedan ser entendidos en España. Dos lenguas quizá, una más culta, de nivel más alto, de nivel podríamos llamarlo universitario, pero por debajo una lengua popular, vibrante, movediza, cálida, que en cada país tiene su signo, su matiz y su circunstancia. ¿Y acaso, no podríamos pensar si esa lengua popular no nos viene también de la lejana tierra española? ¿No fue traída por los labios de los conquistadores?

Hace tiempo, en un cuarto año de un Colegio Nacional leía yo la Vida de Santa Teresa de Jesús, sus páginas maravillosas, y al oír los muchachos que la Santa en su texto dice "ansina", "agora", "rancho", "de repente", uno de ellos detuvo la clase y dijo: pero, doctor, la Santa era una gaucha perfecta.

En efecto, esta lengua popular de Santa Teresa es exactamente la misma que vibra en nuestra poesía gauchesca y, probablemente, si indagáramos en las lenguas populares de otros países americanos, encontraríamos esta misma raíz. He aquí el primer testimonio fehaciente y vivo de lo que España nos ha dado en nuestra creación literaria.

Y en el momento en que pudimos tener una literatura, en el momento en que terminó la etapa militar, dura y sangrienta, y aquellas Universidades de que he hablado hace un momento comenzaron a producir escritores, humanistas, hombres de letras, pensadores, el barroco del siglo XVII en España repercute en América con una vibración admirable.

No olvidemos que uno de los comentaristas más admirables de Góngora fue don Juan de Espinosa y Medrano, cancelario de la Universidad de San Marcos de Lima, humanista eminente, latinista y grecista, quien con sus comentarios a Góngora, lo que podríamos llamar la representación más viva y manierista del barroco, crea una obra de exégesis literaria que la propia España tiene que admirar.

Menéndez Pelayo, tan enemigo de los culteranos, llamaba a esta obra de Espinosa y Medrano, perla caída en el muladar del barroco. Y no olvidemos que una de las últimas representantes de este barroco español en los tristes tiempos de Carlos II el Hechizado, como lo reconoce también don Marcelino, es la décima musa de México, Sor Juana Inés de la Cruz, como

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

dice Menéndez, la única poetisa que puede rescatarse de aquellos fines del siglo XVII.

Era natural, como habíamos hecho con la política, que al romperse la unidad con España, al quebrarse esta continuidad de tres siglos, los escritores buscaran otras fuentes, otros caminos para separarse espiritualmente de los que se habían separado material y políticamente. Pero esto en esencia es casi absolutamente imposible.

Como he dicho hace un momento, se puede romper lo que es material, una organización política, un modo de actuar, pero lo que no puede romperse es la continuidad del espíritu y de la sangre.

Fueron los románticos los más enemigos de la lengua y del quehacer literario españoles. Fue, por ejemplo, el propio Sarmiento que se encrespa por el purismo gramatical de Andrés Bello; fue, por ejemplo, Echeverría que no le reconocía a la lengua española ninguna posibilidad filosófica, fue un hombre eminente, gran universitario, de profundos latines, humanista admirable como Juan María Gutiérrez que rechazaba violentamente la lengua española y que, cuando la Academia lo nombra su miembro correspondiente en la Argentina, devuelve el diploma porque no quiere ser un esclavo de la lengua de Madrid. Y, ¡oh paradoja!, de los escritores románticos: el castellano más puro, más terso, mejor empleado, el verso más castizo, más tirante, más brillante, más bruñido es precisamente el verso de Juan María Gutiérrez; vale decir, que, por una parte, por una actitud política, rechazaba la lengua de Madrid; por la otra, escribía en la mejor lengua castellana que podía escribir.

Es el caso de Mármol, tan impregnado del espíritu de Lord Byron, tan impregnado del espíritu de Víctor Hugo, cuyos versos tienen la sonoridad ampulosa de aquel Zorrilla de su tiempo. Y es curioso: los muchachos jóvenes, un Alberdi, un Gutiérrez, en el momento de la lucha contra Rosas en La Moda de Buenos Aires o en El Iniciador de Montevideo, cuando lanzan sus andanadas contra el grupo federal, cuando escriben sus artículos políticos, sus artículos de costumbres, cuando quieren hacer la pintura de esta pequeña sociedad que iba naciendo en América, imitan, siguen, obedecen a Mariano José de Larra, el gran crítico y satírico español. No podían en realidad, vencer una tradición que traían de siglos. No podían sacarse este influjo de sangre y modo de ser que pesaba sobre ellos.

Me pregunto si entre los escritores románticos de mediados del siglo XIX ha habido en la propia España un escritor que tenga un estilo más vivo, pintoresco y castizo que Ricardo Palma en sus Tradiciones peruanas. Cada página es una expresión realmente vibrante y maravillosa del poder de esta lengua; páginas dignas de incorporarse a las más cerradas y exigentes antologías de una tradición española.

Hacia fines del siglo XIX y cuando iba a llegar el momento definitivo del reencuentro, José Zorrilla de San Martín en Tabaré lo sigue a Bécquer y cuando José Enrique Rodó publica el Ariel, toda la fuerza estilística de su libro - evangelio está empapada en sentido de hispanidad.

No es esto un discurso, y quiero subrayarlo para no quedar desairado, un discurso tipo 12 de octubre, de pura exaltación hispánica. Es en realidad,

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

una comprobación que he hecho casi día por día en mis investigaciones de carácter literario, en mis cátedras de literatura, de cómo los más acérrimos enemigos literarios de la tradición española fatalmente tenían que volcarse en la tradición que rechazaban. Alguna vez tenía que darse el grito definitivo, tenía que reconocerse esa tradición, tenía que olvidarse la fobia.

Así como en el campo político y en el campo social a fines del siglo XIX termina la inquina contra España, se van reconociendo sus valores, los hombres de acción sienten la necesidad de comunicarse con la que fue la Madre Patria. Aparece, entonces, en la literatura castellana americana un hombre genial. Venía de su Nicaragua centroamericana y, en el año 1892, había asistido a las fiestas del Cuarto Centenario Colombino en Madrid. La propia España lo recibió como un poeta excepcional, que llegaba de Chile para comunicarse con la tradición viviente de la península. Tuvimos la suerte, la fortuna, diría, el privilegio de que este hombre, en todos ustedes está el nombre de Rubén Darío, llegara a Buenos Aires. Cuando en 1896 publica *Prosas profanas*, en el prólogo, al hablar el abuelo le va mostrando los retratos de los grandes escritores españoles: Góngora, Lope, Cervantes, y dice Darío: Y en el fondo de mi alma, Verlaine. Y termina diciendo: Abuelo, tengo que decirles que de España es mi esposa y mi amante es de París. Es verdad, pero no olvidemos que la esposa es lo fundamental, es la tradición, es la familia, es lo honrado, es lo profundo. La voz de Rubén Darío a pesar de su galicismo mental fue una voz escrita en el castellano más íntegro y sonoro que se puede escribir. El vuelco fue inmediato.

Desde ese momento, hubo a partir del comienzo del siglo XX, toda una impregnación de hispanidad en nuestro crear literario; son testimonios vivientes que no me dejarán mentir.

Tomo dos casos típicos como comprobación de lo que voy diciendo. Nadie podrá negar que un escritor de la magnitud y de la fuerza de Leopoldo Lugones fue un escritor inspirado en fuentes francesas, pero a medida que pasa el tiempo y se va acercando a las raíces de su tierra, cuando publica los *Romances del Río Seco*, su obra póstuma, estos romances tienen la reciedumbre, la fuerza, el sabor del viejo romancero tradicional de España; aquel hombre que en Los crepúsculos del jardín había empezado por todo el manierismo barroco de todo el simbolismo francés, terminaba cantando las historias de su propia tierra con la fuerza de un escritor de vieja raigambre.

Todo un ejemplo moderno en el caso de Borges, tan inspirado en autores ingleses. ¿Habrá escritor que maneje el castellano con más vigor, con más elegancia y precisión que Borges? Y en el grupo de poetas, un uruguayo como Reissig, que escribe sus sonetos vascos, una poetisa chilena de la fuerza de Gabriela Mistral, siente todo el ímpetu de España en sus versos descarnados y vigorosos, y lo siente el ecuatoriano Carrera Morales, el peruano César Vallejo, lo siente profundamente hasta con un sentido de tradición galaica nuestro Francisco Luis Bernárdez. Quiere decir que esta impregnación de España no se ha perdido.

En la novela pienso en un escritor como Enrique Larreta, que puede con el mismo impulso y fuerza evocar la España de Felipe II en *La Gloria de Don*

**REVISTA DEL NOTARIADO**  
**Colegio de Escribanos de la Capital Federal**

Ramiro o pintar la estancia criolla en Zogoibi.

Pensaba en este escritor que puede con la misma tensión traernos el ímpetu de las murallas de Avila y al mismo tiempo, en los sonetos de La calle de la vida y de la muerte, pintar el fondo metafísico del paisaje de la pampa. Y tomar toda la novelística contemporánea y americana con su trágico y comprometido sabor indígena. Es el caso de Rivera, de Alegría, de Miguel Angel Asturias, de Roa Bastos, de Rómulo Gallegos. Son autores americanos, pintan nuestra topografía, nuestras costumbres, nuestros dolores, nuestras angustias, nuestras ambiciones, todo aquello que la tierra americana tiene de original y de fuerte pero en sus estilos, en sus maneras de decir; la vieja tradición castiza arraiga para darle a estos libros una fuerza impresionante de rigor lingüístico y estilístico.

Estamos en la época contemporánea. Podría decirse a través de todos estos testimonios históricos y literarios que en este momento regresan a la península espiritualmente las Carabelas del Almirante. La última promoción literaria española, la más reciente, la más joven, la más actual, la que todavía tiene en sus libros fresca la tinta de imprenta, recoge todo este acervo de la poesía y de la novelística americana. Estamos pagando la vieja deuda con la Madre Patria en este influjo americano sobre la literatura española.

Al cabo de estos siglos que han transcurrido desde aquel grito del amanecer del 12 de octubre en la boca trémula de Rodrigo de Triana, se ha cumplido el lema que ostenta precisamente el Ateneo Iberoamericano de Buenos Aires: Cor unum et anima una: una sola alma para un solo corazón. En la historia, en la literatura, en lo que es espíritu no se ha producido la fracción, los testimonios se mantienen intactos.

Quizá lo más hermoso, recogiendo ese sentido popular que siempre ha tenido lo hispánico y lo americano, que pudiéramos repetir, para concluir y como una muestra de satisfacción íntima por pertenecer a esta tierra, sea el adagio gitano: Dichosa la rama que al tronco sale.